

Antes de irme de la oficina de Children Incorporated a Filipinas a mediados de enero, nuestro Director de Programas Internacionales, Luis Bourdet, se aseguró de mencionarme que debería visitar el proyecto de vivienda en Marikina mientras estaba en Manila.

En 2009, cuando nuestra ex coordinadora de voluntarios, Polly Johnson, aún no se había jubilado de su puesto al frente de nuestro sitio afiliado, Fortune's Children Center, le propuso a Luis la idea de construir hogares para las familias de nuestros niños apadrinados en el área. A Luis le gustó la idea, ya que él mismo había visto las condiciones en las que vivían las familias: pequeñas chozas en las laderas de las colinas sin agua corriente ni electricidad eran viviendas estándar para quienes vivían en la pobreza en Filipinas y en muchos lugares del mundo.

Aunque sabía que sería una tarea difícil de lograr desde los Estados Unidos, Luis confió en la capacidad de Polly para asegurar el terreno y contratar a un equipo de constructores que pudieran ver el proyecto hasta su finalización. El plan era construir tres edificios: dos edificios idénticos con 5 apartamentos cada uno uno frente al otro, y un tercer edificio con 3 apartamentos justo detrás.

De principio a fin, tomó dos años terminar las casas, y en 2011, trece familias se mudaron a sus nuevos hogares, donde cambiaron los pisos de tierra y los techos de láminas de metal por paredes y techos de concreto sólido que los protegerían de las lluvias intensas o los peligros. tormentas Luis mismo había visitado los apartamentos tanto en 2015 como en 2018, y estaba emocionado de que yo los viera, sabiendo que las mismas familias que originalmente se mudaron a las casas todavía residían allí, felices de tener un hogar permanente para criar a sus hijos.

Después de reunirnos con nuestros niños apadrinados y sus padres en el Centro Fortune, y escuchar sus historias de gratitud por sus patrocinadores, todos disfrutamos de un almuerzo tradicional filipino en el centro. Luego llegó el momento de que nuestra actual coordinadora de voluntarios, Joy, y la ex niña apadrinada, Génesis, junto con otros voluntarios del centro, me llevaran a ver la comunidad donde se habían construido las casas. Todos nos metimos en una camioneta de carga, junto con los niños y las familias que vivían en los departamentos, quienes estaban felices de aceptar un viaje a las colinas donde se encuentra el vecindario.

Llegamos menos de 10 minutos después, la camioneta se detuvo al costado de una pequeña carretera, después de haber subido de manera constante y lenta desde que salimos del centro. Al principio, era difícil saber dónde estaban los apartamentos: vi casas pequeñas y escaparates, pero nada que pareciera ser una construcción más nueva. Antes de que terminara mi pensamiento, Joy señaló un camino de tierra y me hizo saber que tendríamos que caminar el resto del camino, ya que habíamos manejado lo más cerca posible del vecindario que nos llevaría el camino.

El camino de tierra y lodo se aceleró más arriba, y las fachadas de las tiendas desaparecieron rápidamente detrás de nosotros a medida que nuestro entorno se volvía más parecido a una jungla, con grandes plantas y árboles que cubrían el cielo de media tarde sobre nosotros. La

caminata no tomó más de unos minutos, pero fue sobre un terreno difícil, y comencé a darme cuenta de lo increíblemente difícil que debe haber sido llevar el material y el equipo al lugar de la vivienda durante la construcción.

Nuestro grupo se detuvo antes de una pequeña carpa azul que decía “Mt. Asociación de Vecinos de Goshen”. A mi izquierda, algunos residentes locales se sentaron en bancos, nos saludaron calurosamente y hablaron en tagalo a Joy y sus vecinos que habían estado caminando con nosotros. A mi derecha, un conjunto de cinco o seis escalones conducía a un patio bordeado de árboles y arbustos que servía de patio para los apartamentos. Los niños corrieron rápidamente a sus apartamentos, abriendo las puertas, mientras sus madres los seguían de cerca. Antes de darme cuenta, estaba entrando y saliendo de cada uno, viendo cómo estaban diseñados de manera similar, pero decorados de manera diferente según los estilos separados de cada familia.

Todas las casas tenían una cocina pequeña, una sala de estar y un dormitorio en la planta baja, con una escalera empinada que conducía a un segundo piso pequeño que se usaba como segundo dormitorio o para almacenamiento. Todas las casas también tenían un pequeño patio trasero, donde los perros o las gallinas y la ropa estaban tendidas para secarse. Me encantó ver todos los toques individuales que las familias habían agregado a sus hogares a lo largo de los años: patrones de colores brillantes en las cortinas y manteles de las ventanas, y fotos familiares colgadas en las paredes. Con cada puerta que atravesaba, podía sentir el orgullo que tenían estas familias y cuánto apreciaban poder criar a sus familias en un entorno tan maravilloso y seguro.

Nos despedimos de la comunidad de Mt. Goshen, y mientras Joy, Génesis y yo bajábamos de la montaña para regresar al Fortune's Center, pensé en cómo no podía esperar para llamar a Luis y decirle lo maravilloso que encontré el hogares para ser. Sabía que estaría encantado de saber que, tal como lo hizo, ahora sabía cómo este proyecto había cambiado la vida de tantas personas.